

Pietro Gori

«La leyenda del Primero de Mayo»

Nota introductoria y traducción
de Mariano Martín Rodríguez

Pietro Gori (1865-1911) era un conocido activista anarquista y antimilitarista italiano, autor de canciones propagandísticas muy populares y, sobre todo, uno de los grandes creadores del mito del Primero de Mayo. Además de poemas y alguna obra dramática dedicados a esta fecha central del imaginario del movimiento obrero, destacó por su popularidad una anticipación de la revolución libertaria futura en esa misma fecha. «La leggenda del Primo Maggio» fue varias veces reeditada en vida del autor y después de su muerte. Fechada durante su exilio en Buenos Aires en 1900, se publicó en forma de folleto en 1905, pero también apareció, a veces con cambios en el texto, en la prensa anarquista italiana en varias ocasiones. En volumen, se recogió por primera vez en la tercera de sus obras, titulada *Cenere e faville*. Este es el texto traducido a continuación, a través de su reedición moderna en el libro de Maurizio Antonioli *Pietro Gori, il cavaliere errante dell'anarchia: studio e testi* (Pisa, BFS, 1995, pp. 116-119).

«La leggenda del Primo Maggio» se presenta como un documento del futuro («pro-postero», como reza el neologismo casi intraducible del subtítulo original). Tras una breve introducción retórica muy enfática y ornada, se reproduce la conferencia-homenaje de un historiador del porvenir que explica

las difíciles condiciones de vida de los obreros de finales del siglo XIX, la falta de equidad humana del sistema económico imperante (sobre todo, la existencia de una clase rentista ociosa) y el surgimiento de un grupo creciente de obreros reivindicadores de un cambio social radical, basado en la solidaridad de clase, y su resultado, que había de ser el reparto de la riqueza y la supresión de naciones y fronteras.

Como es natural tratándose de una lección histórica ante un público futuro al corriente de su mundo, no se describe esta sociedad del porvenir directamente, sino que sus características principales, la igualdad y el universalismo, se desprenden del contraste, más o menos expreso, con el pasado económico y políticamente violento que se evoca, ante cuyas injusticias se produce la reacción de las manifestaciones del Primero de Mayo, en su calidad de jornada revolucionaria repetida cada año, hasta llegar aquel en el que el viejo sistema se habría derrumbado, ya en los primeros años del siglo XX. El historiador no da detalles de la manera en que se habría producido la revolución, aunque se puede pensar que esta se había debido a una concienciación universal de los trabajadores, que habrían tomado su destino en sus manos, al modo anarquista, más que a la acción de una minoría revolucionaria según el futuro modelo soviético. Esta vaguedad es lo que pudo favorecer la popularidad de la «leyenda» a lo largo del tiempo, ya que no estaba ligada a unas circunstancias concretas, a diferencia de otras



La leyenda del Primero de Mayo

anticipaciones anarquistas (por ejemplo, *Comment nous ferons la révolution* [1909], de los anarcosindicalistas franceses Émile Pouget y Émile Pataud).

Además, si bien su estilo grandilocuente, con largas frases y enorme cantidad de figuras retóricas, puede parecer excesivo, no hay que olvidar que el público de entonces apreciaba este lenguaje florido, que apelaba a la emoción más que al intelecto. No se trataba de persuadir con razonamientos, sino de atraer al movimiento obrero libertario a las masas mediante la explotación de sentimientos viscerales. Asimismo, la circunstancia hipotética de la conferencia del historiador justifica plenamente la escritura recargada, aunque eficaz, pues en ella no se trata de explicar ni narrar el pasado, sino de loar el heroísmo de los antiguos revolucionarios obreros, a la manera en que los discursos de entonces solían elogiar la labor histórica de las personas objeto de homenaje, costumbre que, por supuesto, no ha desaparecido del todo.

La leyenda del primero de mayo profetizada por Gori es un texto que funde la retórica de la historiografía con la de la oratoria, por medio de un tono épico-lírico, himnico incluso, que parece perfectamente adaptado a la índole de su contenido y de su género discursivo. De hecho, se trata sobre todo de una interesante muestra de oratoria de anticipación implícita que añade al atractivo histórico de su forma el de enmarcarse en una producción utópica y especulativa anarquista poco recordada. Esta, sin haber conseguido demasiados aciertos literarios comparables al de Gori, ilustra al menos la importancia de la ficción de anticipación en este importante movimiento social, decididamente orientado hacia el porvenir, hacia un futuro que ha resultado ser muy distinto del imaginado entonces por sus activistas. ●



Traducción de Mariano Martín Rodríguez

Pietro Gori
La leyenda del Primero de Mayo

Cuando la época de vergüenza y sangre que agoniza con el penúltimo siglo del segundo milenio esté bien muerta —y desde la última podredumbre se abran, eterno poema de la vida, las flores de nuevas primaveras, con la mies madurando para toda la familia humana, ahora ya hermanada de verdad; cuando los gigantes de hierro, arrastrados a lo largo de los continentes y de los océanos, rayos por su forma y su velocidad, transporten de un extremo a otro del mundo los productos del hombre al hermano distante —y las canciones de guerra y las epopeyas del pasado se hayan apagado, como meteoros nocturnos, en la aurora de los cánticos nuevos, llameantes sobre la novísima transfiguración de la especie humana; cuando las lenguas suaves de Dante, de Víctor Hugo, de Cervantes, se hayan fundido en una soberbia armonía ideal con las lenguas austeras de Shakespeare, de Goethe, de Dostoyevsky —y la libertad, besada por el arte, haya refinado los corazones para el culto del amor, de la belleza, de la justicia, última religión superviviente entre los hijos del hombre, entonces el historiador, porque en ese tiempo de verdad habrá verdaderamente historia, dirá a sus contemporáneos el símbolo del Primero de Mayo, convertido en leyenda y día sagrado para los redimidos:

«En una época ya lejana, había sobre la Tierra cosas monstruosas, que costaría creer al hombre civilizado de la nación humana si no existieran los mudos testimonios de tanta infamia, que duró una noche, larga de siglos.

«Lo que ahora parece natural, el disfrute común de los bienes ofrecidos a los hombres por la naturaleza, o por la labor de las generaciones, acumulados y transmitidos a las generaciones futuras, como legado familiar a todos y cada uno, era tachado de utopía, cuando no era condenado como delito.

«Nació y moría, entonces, la humanidad con un destino inicuo.

«Una parte de ella, que se llamaba la clase de los ricos, de los poderosos, había acaparado, usurpándolo

mediante el fraude o la violencia, todo el patrimonio social, todo el tesoro del genio, del estudio, del trabajo —el enorme depósito de riqueza que no un hombre sino todos los hombres, no una generación sino todas las generaciones habían acrecentado con su sudor, sus lágrimas, su sangre.

«La guerra del hombre contra la naturaleza, reacia a concederle sus tesoros, sus secretos, había sido combatida en común, a lo largo de milenios de preparación fatigosa; sin embargo, algunos tiranos o estafadores se habían apoderado del producto social de los siglos, en nombre del privilegio que llamaron derecho de propiedad.

«Y por medio de este, los tiranos y los defraudadores, convertidos en manipuladores de las leyes, se habían constituido en una casta ociosa, que transmitía el ocio junto con la riqueza de padres a hijos; pretendiendo sostener, pese a la inactividad de los padres, los hijos y los nietos, que esta riqueza era fruto del trabajo propio.

«Por otra parte, abajo, las multitudes obreras de todos los países, entonces divididos por la ambición de los poderosos, vivían en una condición extraña, incomprendible para el ciudadano de la nación humana.

«Los trabajadores, que producían en consecuencia toda la riqueza, se transmitían de padres a hijos la fatiga, una fatiga de pollinos —y con la fatiga, la miseria.

«Las crónicas de la época dicen que había albañiles que, tras haber construido tantas casas para quienes no sabían construirlas, se quedaban sin un techo para la vejez, cansada por tanto desgaste; que había tejedores y tejedoras que, tras haber confeccionado kilómetros y kilómetros de tejidos, telas y encajes para quien no sabía manejar la lanzadera, pasaban largos inviernos sin ropa para cubrirse ellos mismos, sus niños y sus viejos; que había campesinos que, tras quedar minados por años y años de cultivar los campos y hacer crecer, para quien no sabía arar, torrentes de trigo y otros productos agrícolas, quedaban privados de una



La leyenda del Primero de Mayo

parte siquiera mínima del pan que los improductivos echaban con desprecio a los perros.

«Y lo más absurdo radicaba en el hecho de que la clase de trabajadores que se había afanado por producir más —tras haber llenado los almacenes de otros con su producto, que el capricho del mercado había dejado de desear— era arrojada bruscamente a la calle, casi castigada con el hambre, por haber trabajado demasiado. Y se llamaban, estos fenómenos de la imprevisión y la necesidad de aquellos sistemas, crisis de producción, mientras que el mercado era una forma de latrocinio legal de despojo mutuo, en el que la suerte de las naciones y de las necesidades públicas se reducía a un siniestro juego de azar.

»Así iban las cosas, con pocos cambios de forma, desde tiempo inmemorial, cuando brotaron, de las vísceras mismas de esta sociedad putrefacta, los gérmenes de la resurrección.

»Y es aquí donde la historia, tras el poema de los poetas precursores, adopta los contornos fantásticos de la leyenda.

»Un día, del sepulcro de cinco mártires que una sociedad de mercaderes había hecho ahorcar en una metrópolis de América, porque habían predicado los derechos de los trabajadores y una jornada de fatiga menos larga y bestial para ellos y sus compañeros, partieron en peregrinación a un congreso de obreros, que se celebraba en una metrópolis europea, muchos hombres de buena voluntad, que se llamaban los *caballeros del trabajo*, como legión de combatientes contra los *caballeros del ocio*.

»Y allí, al congreso mundial, llevaron ellos esta idea, simple y grande —como todas las cosas que manan del corazón del pueblo— de que el día primero de mayo (el mes de los ocios dulces para el vagabundeo elegante y feliz) debía ser reivindicado, por la voluntad de las plebes, para el descanso de las plebes mismas. Que, ese día, los trabajadores del mundo arrojasen a un rincón las herramientas de su oficio, cruzándose de

brazos, frente a los ignaros de toda hora, para ver si el mundo se movía por obra de quienes producían, muriendo de miseria, o gracias a quienes quedaban ociosos, pese a nadar en lo superfluo.

»Que en la tarde de los mayos, los hijos de las diversas naciones, mirando al sol, entendieran que este empieza a brillar sobre un espectáculo nuevo: la unificación de la patria universal del hombre, en nombre del trabajo.

»Y la fecha memorable comenzó a transcurrir desde el primer año de la última década del siglo XIX.

»En la mañana del día fatídico (sea historia o leyenda, realidad en cualquier caso) las gentes humanas, cuyo único blasón eran las manos encallecidas y los vientres semivacíos, se despertaron, como ante las fanfarrias de un himno misterioso, nunca antes oído por los vivientes.

»Ese himno venía de lejos, de todos los rincones más apartados del mundo, y pasaba entre las máquinas paradas, por las obras taciturnas, por las ciudades atónitas, como un frémito de voces infinitas, de voces diversas, en idiomas variados —un resonar de esperanzas, dolores, ideales; una cosa con el sabor de la riqueza de un alba y del acercarse de una tempestad.

»Los otros, los parásitos, a fuerza de fraude y de violencia, hacían como que sonreían, mofándose, pero la sonrisa se mudó en fea mueca y acabó contrayéndose, por el miedo, en un temblor de terror.

»Y a cada nuevo pretexto, a cada alzamiento de la voz obrera, gritando los derechos del estómago malnutrido, las clases que vivían ociosas ordenaban a hombres adiestrados en el arte de matar a otros hombres, llamados soldados, que pegaran tiros a los hermanos, los padres, las esposas.

»Y lo que parece completamente imposible en los tiempos actuales es que estos hombres obedecían ciega, cruelmente a los jefes, y ejecutaban el fratricidio.

»Así perpetuaban este hecho inconcebible, que el pueblo trabajador, que se consumía para beneficio de



La leyenda del Primero de Mayo

aquellos ociosos, llamados entonces patronos, fabricaba él mismo sus cadenas, así como los fusiles y los cañones que debían servir para exterminarlo, a manos de sus hijos, a manos de gentes del pueblo, esclavos y pisoteados ellos también.

»Pero los hábitos vivificantes de las primeras albas de mayo, las albas del gran himno misterioso de resurrección pasaban de un año a otro, fortificando las conciencias en los pechos obreros.

»Y las voces, que se transmitían la contraseña de frontera a frontera, se hacían cada vez más numerosas, hasta que, al acabar el siglo, se habían vuelto fragor de huracán.

»Fue entonces, en la primera mañana de mayo de uno de los primeros años del siglo xx, cuando se produjo el milagro: la transfiguración maravillosa de los hombres y de las cosas, y fue entonces también cuando la historia irradió fulgores de leyenda.

»La iniquidad, las estafas, las violencias triunfales y celebradas, si las cometían los de arriba, habían colmado el vaso de las amarguras y de la vergüenza, el vaso ofrecido durante siglos a las muchedumbres trabajadoras como compensación de los sacrificios inenarrables de los que había brotado la civilización.

»El alma popular estaba preñada de dolor e idealismo.

»Cuando salió el primer sol de Mayo, millones de voces tronaron al unísono el himno de la liberación, porque los esclavos se habían contado y solo entonces se habían dado cuenta de ser el número, la fuerza, el derecho, la humanidad; los otros, los dominadores solo eran un puñado de gandules, temblorosos de miedo.

»Aquel día de luz tuvo su comienzo la epopeya pura del género humano, fue la fecha histórica de la nueva era, el milagro de todas las naciones obreras, que entendían, que hablaban la misma lengua, con acentos diferentes: el idioma del trabajo creador, reivindicativo; este milagro de gloria de la redención de los hombres, en la vida, por la vida».

De este modo expondrá el historiador del futuro, cuando exista verdaderamente la historia, la leyenda del Primero de Mayo.